

»y dice siempre al celestial Esposo, como Raquel á Jacob:
»Dadme hijos, ó moriré.»

Para escitar á todos los corazones á amar, no cesaba de repetir que el mérito de todas nuestras obras y la perfeccion cristiana consisten en el amor. «El amor, decia, es el que da valor á todas nuestras obras; no es por la grandeza ni por la multiplicidad de las obras por lo que agradamos á Dios, sino por el amor con que las hacemos; »y sufrir una burla con dos onzas de amor, vale mas que sufrir el martirio con una onza del mismo amor (1)..... »Cada uno, decia, se forma una perfeccion á su modo; »unos la ponen en la austeridad de la vida, otros en la limosna, otros en la frecuencia de los sacramentos; por lo que á mí hace, no conozco mas perfeccion que amar á Dios de todo corazon y al prójimo como á nosotros mismos, no siendo todas las obras prácticas mas que medios para llegar á la caridad, pero no la caridad misma, que es la única que forma la perfeccion.» Cuando le preguntaban qué habia que hacer para llegar á amar á Dios de todo corazon y al prójimo como á nosotros mismos: «Es preciso, »contestaba, amar á Dios con todo nuestro corazon y al prójimo como á nosotros mismos: no sé otra ciencia para llegar á amar que amar, como se aprende á estudiar estudiando, á hablar hablando, á trabajar trabajando. Que »empiecen los aprendices, y á fuerza de amar se harán »maestros; y que los mas adelantados avancen siempre, y »no crean haber llegado nunca al término; porque la caridad de esta vida siempre puede tener aumento (2). Desead amar siempre mas, añadia, este es el medio de crecer siempre en el amor. Quien desea mucho la dileccion, »la busca, y el que la busca con cuidado, la encuentra. »¡Oh! cuánto debemos desear este amor y amar este deseo,

(1) Manuscrito de la Madre Fichet, p. 45.—*Espiritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. XIII y XIV; p. IX, sec. XVIII; p. XV, sec. XXVI; y p. XXVI, sec. XLVIII.

(2) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. I, sec. XXIX y XXX.

»porque la razon quiere que deseemos amar siempre lo
»que no puede nunca ser bastantemente amado, y que deseemos lo que nunca puede ser bastantemente deseado (1).
»La medida del amor, es amar sin medida.» (2)

CAPITULO VI.

Su conformidad con la voluntad de Dios (3).

El acto de amor mas escelente de que es capaz un alma cristiana, así como el grado mas alto á que puede elevarse, es, segun San Francisco de Sales, la union perfecta de su voluntad con la de Dios; esta union, que hace que no se desee otra cosa en este mundo mas que á Dios solo y su beneplácito, y que se quiera todo lo que él quiere y como lo quiere, estando siempre dispuesto á ir, con paz y alegría, á cualquier parte donde nos llame, á aceptar todo lo que nos envíe y á hacer todo lo que nos pida. Tal fué la vida del santo Obispo de Ginebra; siempre resignado y unido á la voluntad de Dios por un amor mezclado de una santa confianza, siempre sumiso por anticipado á los efectos de la divina Providencia, conducia todos los negocios con una perfecta paz y reposo de su alma, sin turbarse, apresurarse ni inquietarse por el resultado, y sin alterarse si sobrevenia algun accidente contrario (4).

Emplear su tiempo en una cosa ó en otra, estar sano ó enfermo, ser alabado ó censurado, todo le era igual, porque en todo veia el beneplácito de Dios. «No mireis, decia, absolutamente las cosas que haceis por lo que ellas »son, sino el honor que encierran, por miserables que sean,

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XXXII; p. XVIII, sec. X.

(2) Idem, p. XIII, sec. XII.

(3) Idem, p. X, sec. XXX; p. XIV, sec. IX; p. III, sec. XLII.

(4) Dep. de Moccand.

»en ser queridos de Dios, estar en el orden de su providencia y dispuestas por su sabiduría. La pureza de corazón consiste en apreciar todas las cosas con el peso del santuario, que no es otro que el de la voluntad de Dios; »por lo tanto no ameis nada con demasiado ardor, ni aun »las mismas virtudes, que se pierden á veces cuando »pasan los límites de la moderación.» (1)

«¿Qué quisiérais mejor, le preguntaron un día (2), »vir con buena salud, ó pasar el resto de vuestra vida »ralítico en un lecho?—No quiero ni lo uno ni lo otro, »contestó, ambas cosas me son indiferentes, y tanto en lo »uno como en lo otro no quiero sino la voluntad de mi »Criador.—Pero en la salud, le replicaron, hareis mas bien »que en la enfermedad.—No quiero escojer, contestó, la »manera de servir á mi Dios: en la salud le serviré obrando; en la enfermedad le serviré sufriendo. A Él toca escojer lo que mas le agrada; de los dos modos haré su voluntad, y esto me basta.—Pero ¿qué quereis mejor, vivir »largo tiempo para adquirir mas méritos, ó morir pronto »y de muerte repentina?—No quiero tener voluntad tampoco en eso; vida larga, vida corta ó muerte repentina, »son para mí cosas indiferentes. Me abandono sin reserva »á la Providencia, y al cuidado que desde toda la eternidad »ha resuelto tener de mi vida y de mi muerte.—Pero en »fin, ¿no quisiérais mejor, al salir de esta vida, ir derecho »al cielo sin ser detenido en el purgatorio?—Iré muy »contento al lugar que Dios me designe; y en cualquier »parte que esté, estaré satisfecho. Con la voluntad de »Dios, el purgatorio me sería un paraiso, y sin la voluntad de Dios, el cielo sería para mí un purgatorio.»

Un año en que se proponia predicar la Cuaresma, fué atacado de una fiebre cotidiana, cuyo contratiempo, lejos de arrancarle una sola palabra de disgusto ó de queja, no pudo hacerle perder ni un instante de su serenidad.

(1) Carta LXXXII.

(2) El P. la Riviere, p. 458 y sig.

«Si Dios, dijo, no quiere que le sirva predicando sino sufriendo, cúmplase su voluntad.»

Hablándole en una ocasion del designio que tenian los herejes de lanzarle de su obispado: «Y bien, dijo con serenidad, con eso estaré mas libre para servir á Dios y á las »almas.—Pero, añadieron, os pondrán en una prision.—»Pues bien, replicó, así tendré mas tiempo para rogar á »Dios y escribir alguna cosa para su gloria. Eso no me »causará ninguna pena. ¡Que la voluntad de Dios se cumpla!» Por eso era su máxima favorita, que no se debe desear nada, ni pedir nada, ni rehusar nada, sino permanecer enteramente indiferente en las manos de Dios, tanto en la salud como en la enfermedad, en vida ó muerte, en buena ó mala fortuna, y en toda la variedad de posiciones, de lugares y de ocupaciones. «Cuando se »está acompañado, decia (1), es preciso estar contento, »porque Dios nos quiere allí, y cuando se está solo, se »debe amar la soledad por la misma razon. Cuando se está »fijo en una parte, no se debe pensar en cambiar de posición, sino que es preciso permanecer en la barca en que »nos encontramos para hacer la travesía de esta vida á la »otra, y es preciso permanecer en ella gustoso, porque, »aunque á menudo no hemos sido puestos allí por la »mano de Dios, sino por la de los hombres, Dios quiere »que permanezcamos en ella.» (2)

El santo Obispo no queria que nadie se atuviese á ciertos modos de servir á Dios mas que á otros, y conformando con la teoría la práctica, observaba el principio de abandonarse en todo y por todo al beneplácito divino, para depender de él absolutamente y sin ninguna reserva. Hacía con gusto sus ejercicios espirituales cuando podia; pero si la caridad ó algun otro obstáculo se lo impedia los dejaba sin pena, pasando con la misma indiferencia de la contemplacion á la accion y de la accion á la contem-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. XXV.

(2) *Idem*, p. 575.

placion, igualmente contento de la una y de la otra, con tal de hacer siempre la voluntad de su Dios.

«No, decia, sea lo que fuere lo que me suceda, nada me separará de la firme resolucion en que estoy de querer plenamente todo lo que Dios quiera hacer de mí y de lo que me pertenece. Quiero confundir mi voluntad con la de Dios, ó mas bien quiero dejar á nuestro Señor querer en mí y por mí lo que le agrada, y depongo todo cuidado de mí mismo en sus manos.» «Esta mañana, escribia en una ocasion (1), he llevado á cabo un grande acto de resignacion. ¡Oh, qué felices son las almas que viven solo de la voluntad de Dios! Si por saborear solamente un poco de ella con una consideracion pasajera, se tiene tanta suavidad espiritual en el fondo del corazon, que acepta esta voluntad santa con todas las cruces que presenta, ¿cuál será la de aquellas almas que están trasformadas plenamente en la union de esta voluntad? ¡Oh Dios, qué bendicion someter todos nuestros afectos humildes y exactamente al mas puro y divino amor! Así lo hemos dicho y resuelto; nuestro corazon tiene por ley sobèrana la mayor gloria del amor de Dios: y la gloria de este santo amor consiste en consumir todo lo que no es él mismo para convertirlo todo en él.»

¿Qué cosa puede haber mas encantadora que el cuadro de un alma perfectamente abandonada á Dios, enviado por el santo prelado á la santa Madre Chantal?

«Permanecer simplemente, le dice (2), donde Dios nos pone y como nos pone, á la manera que una estatua en su nicho, con el convencimiento de que somos de Dios y de que Él es nuestro todo, eso es lo que debemos amar. Si una estatua en su nicho pudiese hablar y le preguntaran: ¿Por qué estás ahí?—Porque mi amo me ha colocado aquí, diria.—¿Por qué no te mueves?—Porque quiere que esté inmóvil.—¿Qué bien te resulta de estar

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, sec. XXVII.

(2) Carta CXL.

»así?—No es por mí por quien yo estoy, es por obedecer á la voluntad de mi dueño.—¿Mas acaso tú le ves?—No, pero él me ve, y se complace en que esté donde me ha puesto.—¿Pero no quisieras moverte para acercarte mas á él?—No, á menos que él no me lo mandase.—¿No desees nada?—No, porque agradar á mi dueño es el único contento de mi corazon.» Tal era en efecto el alma del santo Obispo de Ginebra; agradar á Dios era toda la ambicion de su corazon, su única pretension en este mundo, el único objeto de sus acciones, de sus palabras y de sus pensamientos. «¡Oh! Cuántas veces, refiere la santa Madre Chantal, le he oido decir con un sentimiento estático estas palabras del Salmista: ¡Señor! ¿Qué hay para mí en el cielo y qué deseo sobre la tierra sino á vos, mi porcion y mi herencia en la eternidad? Y estas otras palabras del apóstol: Señor, ¿qué quereis que haga?... Nuestro centro, decia, es la voluntad de Dios; Dios quiere que haga esto ahora, Dios quiere esto de mí, ¿qué mas necesito? Mientras ejecuto esta accion, no estoy obligado á hacer otra.»

Así no experimentaba ese ardor que tienen algunos porque sus oraciones sean oidas segun sus deseos. «Eso es, decia, querer acomodar la voluntad de Dios á la nuestra, en tanto que, por el contrario, debemos someter nuestra voluntad al beneplácito de Dios.» Aprobaba menos aún esas lamentaciones que hacian algunas veces en su presencia sobre las calamidades públicas. «Dejemos todo eso, decia, á la Providencia, Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene; y si observamos sus mandamientos todo se convertirá en bien nuestro (1). Es preciso, añadia, tener una continua é inviolable igualdad de corazon en medio de la desigualdad de los acontecimientos; y aunque todas las cosas se cambien á nuestro alrededor, debemos permanecer constantemente inmóviles, con la mirada fija solo en Dios. Que todo se trastorne ar-

(1) Dep. de Bonard.

»riba y abajo, no digo solamente á nuestro alrededor sino
 »dentro de nosotros mismos; que nuestra alma esté triste
 »ó alegre, en dulzura ó en amargura, en paz ó en turba-
 »cion, en claridad ó en tinieblas, en tentacion ó en repo-
 »so, gustosa ó disgustada; que el sol la abra-se ó el rocío
 »la refresque, es preciso que siempre nuestra voluntad
 »mire al beneplácito de Dios, su único y soberano juez.
 »Cualquiera que sea la situacion en que Dios nos coloque,
 »todo nos debe ser igual. Tal es el blanco de la perfeccion
 »que debemos proponernos, y el que mas se aproxime á él,
 »ese se llevará el premio.» (1)

»Permaneced, decia á sus amadas hijas de la Visita-
 »cion (2), invariablemente fieles á la práctica de mante-
 »neros, por medio de un entero abandono de vosotras mis-
 »mas, en los brazos de la voluntad de Dios; y cada vez
 »que encontréis vuestro espíritu fuera de esta grata man-
 »sion, atraedle dulcemente á ella, haciendo una simple
 »entrega de vuestro corazon en el seno paternal de la di-
 »vina Bondad. Continudad allí sin apartaros para mirar lo
 »que haceis, lo que hareis ó lo que os sucederá. Si veis
 »nacer en vos alguna inquietud ó deseo, despojaos pronta-
 »mente de él, y entregadlo todo en manos de Dios con
 »dulzura y paciencia, aceptando en todo y por todo la
 »santísima voluntad de Dios, y protestando no querer mas
 »que á él y el cumplimiento de su beneplácito..... Hace
 »mucho tiempo que experimento una suavidad singular
 »cuando oigo cantar estas palabras: *Desnudo sali del seno
 »de mi madre, y desnudo volveré á él. El Señor me lo ha
 »dado, el Señor me lo ha quitado; que su santo nombre sea
 »bendito;* ó cuando considero al Salvador naciendo desnu-
 »do en el pesebre y muriendo desnudo sobre la cruz, para
 »enseñarnos á no asirnos á nada en este mundo, á entre-
 »gar toda nuestra alma, nuestras acciones y sucesos al be-
 »neplácito de su Padre, abandonándonos con un amor de

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, sec. XLI.

(2) El P. La Riviere, p. 346.

»perfecta confianza, á merced del amor eterno que la di-
 »vina Providencia tiene por nosotros. Mantened vuestras
 »almas firmes en estos sentimientos, mis amadas hijas,
 »sin permitir que se entretengan en mirar á su alrededor
 »para ver si están satisfechos..... Escuchad é imitad al
 »Redentor, que canta el cántico de su amor sobre el árbol
 »de la cruz: *Padre mio, en tus manos encomiendo mi espí-
 »ritu.* Despues de dicho esto, ¿qué resta hacer, sino espí-
 »rar y morir de muerte de amor, para no vivir mas á nos-
 »otros mismos y dejar á Jesucristo vivir en nosotros?
 »Feliz el alma que se abandona así enteramente! En cual-
 »quier acontecimiento que se encuentre, pronunciará de
 »todo corazon el santo acto de aceptacion del Salvador:
 »*Si, Padre mio, puesto que así lo quereis*, que se haga en
 »mí y de mí lo que agrade á vuestro corazon, por el cual
 »deseo vivir y morir como le plazca, sin reserva ni excep-
 »cion alguna. ¡Oh, viva Jesus, que ha muerto por nuestro
 »corazon, y que para siempre nuestro corazon muera en el
 »amor de este dulce Salvador!» Así exhortaba el santo
 »prelado á sus hijas á unir su voluntad por la mañana á
 »la de Dios, y á renovar frecuentemente durante el dia esta
 »santa union con una mirada interior sobre la divina bon-
 »dad, diciéndole en el fondo del corazon, dulce, pacífica y
 »suavemente, mas bien que por modo de aspiraciones: «Sí,
 »Señor, lo quiero como vos lo quereis; sí Padre mio, sí,
 »siempre sí!»

Cuando asistia á un moribundo, nada le recomendaba
 tanto como el abandono de su propia voluntad en la de
 Dios «¡Oh Dios! le hacia decir, que vuestra voluntad se
 »haga y no la mia: que sea de mí, ó Padre celestial, lo
 »que tengais á bien;» dando por razon, que morir en el seno
 de la divina voluntad es dormirse, como San Juan, en el
 seno de Jesucristo, y que Dios no puede dejar que se
 pierda un alma que muere en la union de su voluntad con
 la divina (1).

(1) Carta DCCLXXXIV.

El noveno libro de su *Tratado del amor de Dios*, no es otra cosa que la descripción de un alma perfectamente unida á este divino beneplácito, comprendiéndose al leerlo que su pluma no hace mas que copiar lo que dicta su corazón. «¡Oh Dios! esclama, que vuestra voluntad se cumpla, no solo en la ejecución de vuestros mandamientos, consejos é inspiraciones, á los cuales debemos obedecer, sino tambien en el sufrimiento de las aflicciones que nos sobrevienen; que vuestra voluntad haga por nosotros, para nosotros, en nosotros y de nosotros todo lo que le agrade.... (1) El corazón verdaderamente amante, continúa, ama el beneplácito divino, no solo en los consuelos sino tambien en las aflicciones, y le ama mas todavía en las cruces, en las penas y en los trabajos, porque la virtud principal del amor es hacer sufrir al amante con el objeto amado..... (2) ¿Y cómo no se sobrellevarán amorosamente las adversidades, procediendo, como proceden, de la misma mano del Señor, tan amable cuando distribuye las aflicciones como cuando da el consuelo?» (3) En este mismo libro noveno es donde, despues de haber mostrado los trabajos de la vida, las aflicciones y la misma muerte, convertidos por la dulce misericordia de Dios en escalones para subir al cielo..... en medios para crecer en la gracia, en méritos para obtener nuevos grados de gloria, en expiación para borrar nuestros pecados, de tal suerte impregnados y aromatizados con la suavidad de la divina clemencia, que su amargura es muy amable, esclama: «Abramos, pues, los brazos de nuestra voluntad; abracemos la cruz muy amorosamente, uniéndonos á la voluntad santísima de Dios, cantándole el himno de eterna conformidad: Que vuestra voluntad se haga en la tierra como en el cielo..... Sin duda las penas en sí mismas no pueden ser amadas; pero miradas como enviadas por

(1) Lib. IX, cap. 1.

(2) Cap. II.

(3) Cap. IV.—*Espiritu de San Francisco de Sales*, p. VII, sec. XVI y XVII.

«la voluntad divina, son infinitamente amables, son de purísimo oro, y mas preciosas de lo que se puede decir.... Que nuestra voluntad esté, pues, indiferente á todo lo que Dios quiere, y que se coloque en sus manos como una bola de cera dispuesta á sufrir todas las impresiones que sean de su agrado, sin elección, sin preferencia de ninguna cosa, y sin mas amor que el de la voluntad divina; amando, no las cosas que Dios quiere, sino la voluntad de Dios que las quiere, dejándose conducir por esta divina voluntad como por un suavísimo lazo, y yendo con gozo á todas partes donde quiera el beneplácito divino, hasta preferir, si fuera posible, el infierno con la voluntad de Dios, al cielo sin esta divina voluntad..... Indiferencia es esta, añade, que se estiende á todo; á las cosas naturales, como la salud ó la enfermedad, la belleza ó la fealdad, la fuerza ó la debilidad; á las cosas de la vida civil, como los honores, los rangos, las riquezas; á las de la vida espiritual, como las sequedades ó consolaciones, los gustos ó arideces; en fin, á todos los acontecimientos, y á la acción lo mismo que al sufrimiento. ¡Oh! qué felices son estas almas animosas y fuertes en proseguir las empresas que Dios inspira, no menos prontas á dejarlas cuando Dios así lo quiere, y siempre tan dulces en los reveses como en las dichas.»

Gracias á esta conformidad tan perfecta con la voluntad de Dios, las mayores aflicciones encontraban al santo Obispo casi inalterable; las cruces mismas le eran muy amables; las cosas mas amargas le parecían muy dulces, recibiendo todas las contradicciones, no solo sin melancolía, abatimiento ni tristeza, sino con gozo y contento. Así podia escribir á la santa Madre Chantal, con motivo de una aflicción sensible que habia experimentado: «¡Oh, qué cosa tan buena es no vivir mas que en Dios! Por esto experimento en mi pena una dulzura cien veces mas suave que de ordinario.»

En fin, su abandono en el beneplácito de Dios se elevaba hasta tan alto grado de perfección, que se sentía dis-

puesto á sufrir con una entera tranquilidad de alma los suplicios y la misma muerte, si Dios permitia que fuera injustamente condenado; y esta condenacion no ofrecia á su pensamiento mas que un punto de vista que le causase pena, y era el escándalo que resultaria si le creian culpable.

No se debe suponer, sin embargo, que esta conformidad con la voluntad divina llegaba al punto de hacerle insensible; su tierno corazon sentia vivamente la pena, pero se sometia á ella. «Lloro tambien en semejantes ocasiones, escribia á una persona afligida con la muerte de uno de su familia; pero, alabado sea Dios, lo hago siempre con tranquilidad, y con un sentimiento de amorosa direccion hácia la providencia de Dios; porque desde que Nuestro Señor ha amado la muerte y nos la ha dado como objeto de nuestro amor, no puedo querer mal á la muerte porque me arrebatara á mis hermanos ó alguna otra persona, con tal que mueran en el amor de la muerte sagrada del Salvador.» (1)

Al santo Obispo le parecia bien que en la muerte de los suyos se concediera alguna cosa á la sensibilidad natural, pero con la condicion de que no se disminuyera en nada la conformidad con la voluntad de Dios. «Me guardo de decirlos que no lloreis, escribia á una persona que habia perdido una hermana muy querida (2), porque es justo que lloreis en testimonio del sincero afecto que la teneis, á ejemplo de nuestro querido Maestro, que lloró sobre su amigo Lázaro. Pero no lloreis mucho, como hacen los que, del todo entregados á esta miserable vida, no se acuerdan de que caminamos á la eternidad, donde, si vivimos bien en este mundo, nos reuniremos un dia con los que hemos perdido para no separarnos de ellos jamás. No podemos impedir á nuestro pobre corazon que sienta la pérdida de los que eran en este mundo nues-

(1) Carta DCCCXXXVIII.

(2) Carta DGCLX.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVIII, sec. LIII.

«troos amables compañeros; pero no debemos tampoco faltar á la solemne resolucion que hemos hecho de tener nuestra voluntad inseparablemente unida á la de Dios, ni cesar de decir á la divina Providencia: Sí, yo os bendigo por todo lo que os agrade hacer (1). Esa imaginaria insensibilidad de los que no quieren que se sienta, me ha parecido siempre una quimera; pero tambien, despues de haber pagado el tributo á la parte inferior de nuestra alma, es preciso rendir el deber á la superior, donde reside como en su trono el espíritu de fe, que debe consolararnos en nuestras aflicciones, y por nuestras mismas aflicciones. Bienaventurados los que se alegran de ser afligidos, y convierten la acibar en miel.» (2)

CAPITULO VII.

Su religion (3).

La religion es una virtud que, procediendo de un vivo sentimiento de las grandezas divinas, nos inclina á respetar profundamente á Dios y todas las cosas ó personas sagradas, por Dios. Animado de este espíritu, San Francisco de Sales no pronunciaba nunca el nombre de Dios ó el de Jesucristo sino con una profunda veneracion; y reprendia á los que, hablando ó escribiendo, mezclaban en sus discursos estos nombres sagrados como palabras indiferentes, ó por juego y sin razon suficiente. «No se debe nunca, decia, hablar de Dios ó de las cosas que pertenecen á la religion de cualquier modo, sino siempre con gran respeto, estimacion y afecto.» (4)

Un dia le preguntaron qué era Dios. «Es, contestó,

(1) Carta CLXXX.

(2) Carta DCCX.

(3) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 38.

(4) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XII, sec. X.